

MOLINAS Y PUIG,

EDITORES.

NOVELA DE COSTUMBRES.

ORIGINAL

— DE —

D. Juan Gonzalo de la Selva.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE MOLINAS Y PUIG,  
calle de Muntaner, núm. 10, Ensanche.

1877.

Cuaderno 8.

L47  
3225



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT

DAVID MILLER LIBRARY

RECEIVED

PHYSICS DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

1955

Chicago &





—¡VIVE DIOS! QUE ESE HOMBRE LLEGARÁ A PROSTITUIRSE.....







—Te lo explicaré. Pero haz el favor de mandar que me aflojen estas cuerdas que me están atormentando de una manera insufrible.

El Gato dió orden al Zorro que la desatara, diciendo luego:—

—Si me hubieses creído desde el primer momento, te hubieras evitado todo eso, y yo no habria tenido necesidad de verme obligado á convertirme en verdugo.

—Esto te probará que se me puede confiar un secreto, y por otra parte, no te creía capaz de emplear tan crueles medios con una pobre mujer.

—Pues ya véas como te equivocabas de medio á medio, ya véas que soy capaz de todo, cuando se me pone en el caso de tener que serlo. Pero me has dicho que me ibas á explicar el objeto que se llevó Estéban al finjirse padre de Lucila.

—Y te lo voy á explicar en pocas palabras. Estéban habia rifado con Lúcas Gomez y su mujer, con motivo de ciertos intereses, cuando por una de las muchas casualidades que suceden en el mundo, y que ya sabes, puesto que segun diste á entender, estás completamente enterado de esa historia, tropezamos con la muchacha.

—Adelante,—dijo el Gato.

—Como buen cuco que el difunto era, y teniendo presente aquello que se dice, que hombre prevenido vale por ciento, antes de depositar los papeles que tan caros me cuestan en poder de Lúcas Gomez, Estéban sustrajo, sin que nadie se apercibiese, los que creyó que podrian convenirle algun dia.

—¿Qué papeles eran esos que sustrajo Estéban?—preguntó el Gato.

—La fé de bautismo de la muchacha, los certificados de defuncion de sus padres, y algun otro,—dijo la Tuerta.

—¿Y con que idea?

—Con la idea de poder reclamar el dia de mañana lo que la pertenecia, y armarle una zancadilla á Lúcas Gomez y á su mujer.

—¿Bien sabrás á quien fueron á parar esos papeles despues que murió Estéban?

—Lo ignoro.

—¿Pues tú con algun fin te asociarias con Estéban para representar la comedia por medio de la cual hicisteis creer á la muchacha que Estéban era su padre?

—Convenimos en que partiríamos lo que pudiera agenciarse.

—¿Y llegasteis á agenciar algo?

—No hubo tiempo. Por otra parte, nos lo impidió la ida de Lúcas



Gomez á los Estados-Unidos, huyendo de la persecucion que todos sufrimos.

—Que no se haya apoderado él de esos papeles.

—No lo creo, porque me consta que ignoraba por completo su existencia.

—Ya sabes que suceden muchas cosas en la vida que parecen imposibles.

—Nadie estaba enterado de ello mas que nosotros dos.

—Esto no supone que no pueda haberse descubierto.

—Yo no he dicho una palabra á nadie hasta ahora, y Estéban era demasiado listo para cometer una necedad de esa especie.

El Gato se quedó pensativo.

—Cuantos me conocen,—dijo despues de algunos momentos,—saben que nunca falto á mi palabra, y que acostumbro á cumplir religiosamente lo que prometo.

—Así me lo han dicho varias veces algunos amigos,—apoyó la Tuerta.

—Y así es en efecto,—confirmó Martillo.

—Pues bien,—repuso el Gato,—si me ayudas á averiguar que se han hecho esos papeles, tendrás en mí un buen amigo.

La Tuerta se sonrió irónicamente, y dijo:

—Nosotros dos nunca podremos ser buenos amigos.

—No veo la razon,—observó el Gato.

—Pues es muy sencillo; ni yo podré inspirarte confianza despues de lo que ha sucedido, ni tú podrás infundírmela. Porque tú verás siempre en mí á la que fué cómplice de aquello que, segun parece, tanto te duele, y yo veré siempre en tí una constante amenaza, un incesante peligro.

—Has de entender que yo cuando veo buena voluntad, fácilmente olvido.

—Por más buena que la mia fuese, nunca lo creerias; siempre tendrias presente que suele decirse que el que tiene malas mañas tarde ó nunca las deja.

—No soy de los que están en esa creencia; por el contrario, estoy persuadido que por malo que pueda ser uno, puede reformarse y llegar á ser muy bueno.

La Tuerta hizo una demostracion de duda.

—La prueba la tengo en mí mismo,—repuso el Gato.—Sin embargo del mal concepto en que muuhos me tienen, yo me siento hoy



inclinado á abandonar esta vida que llevo y hacer todo lo posible por borrar mi pasado.

—El diablo despues de hacer daño se puso á ermitaño,—murmuró la vieja con punzante ironía.

—Tu puedes apreciarlo como te dé la gana, pero lo que he dicho es la verdad.

—Toda la cuestion se reduce á ver de qué mejor manera se me engaña, para que yo me presté á hacer lo que te conviene.

—Te equivocas; mi objeto es evitar que tenga que valerme de medios violentos para acabar de entendernos.

—Están muy vivas las llagas de mis piés, y me hacen sufrir mucho en este momento, para esponerme á otra nueva prueba,—observó la Tuerta.

—Luego ¿admites lo que te he propuesto?

—Ya hice lo más..... nada me importa hacer lo ménos.

—Tu buena fé te responderá de la mia.

—Pues ya que te hallas en tan buenas disposiciones, segun dices, deberias principiari por hacer que me curasen estas quemaduras que me hacen ver las estrellas.

—Siento no poder satisfacer enseguida tus deseos; pero ten paciencia unos momentos más, que yo te prometo que se hará todo lo necesario para aliviarte.—Y volviéndose al Zorro, observo:—Mucho tardan.

—No será porque hayan podido tener ningun entorpecimiento,—dijo el Zorro.

—Sin embargo,—repuso el Gato,—casi empiezo á alarmarme.

—No hay motivo, porque yo me les adelanté bastante.

—Si salisteis juntos de la poblacion.....

—Á una misma hora, á corta diferencia, pero por distinto camino para no escamar la cosa.

En aquel momento oyóse una señal idéntica á la que hizo antes el que tenia la palabra, para anunciar su llegada.

—Ya están aquí—observó el Zorro.

—Sal á su encuentro para cerciorarte si son efectivamente ellos,—dijo el Gato.

El Zorro cogió su *naranjero*, y corrió inmediatamente á dar cumplimiento á la órden.

---



## CAPÍTULO XXXVI.

## Un extraño careo.

La Tuerta oyó las últimas palabras que cruzaron los bandidos con cierta mezcla de curiosidad y de estrañeza, no acertando á adivinar el enigma que encerraban, y el cual estaba en duda si podia tener alguna relacion con lo que á ella le estaba sucediendo.

Cuando hirieron sus oidos los penetrantes écos de aquella señal, hizo involuntariamente una demostracion que espresó cierto sobresalto.

Aquel sobresalto era debido á la indicada duda.

El Gato observó esto, y así que marchóse el Zorro, obedeciendo á su mandato, dijo:

—Vas á tener una inesperada sorpresa.

—Ah!—esclamó la Tuerta—muy pronto empiezas á probar que nuestra reconciliacion no podia ser verdadera.

—Esto solo significará, en tal caso, que tenia tomadas bien mis medidas.

—De todos modos, yo creía que desde cuando principiaba nuestra amistad terminaba mi martirio, y estoy viendo que te hallas dispuesto á dilatarlo.



—Ya te dije que tu buena fé habia de responder de la mia; por consiguiente, obra con lealtad y nada temas.

—Esto debe suponerme que se me va á someter á nuevas pruebas.

—A un careo.

—A un careo!—repitió la Tuerta con gran admiracion y sorpresa.

—Comprenderás que ahora ya no se trata de tí, sino del sugeto con quien vas á tener ese careo,—dijo el Gato.

—¿Y no puedo saber qué sugeto es ese?—interrogó la Tuerta—porque yo no lo adivino.

—No tardarás en verlo,—dijo el Gato.

—Ah! sentiria que fuese.....

—¿Quién?

El Zorro y otros tres individuos que se presentaron en la boca de la cueva, interrumpieron á la Tuerta, la cual en vez de contestar á la lacónica pregunta del Gato, exclamó con extraordinario asombro.

—¡Lúcas Gomez!

—¡La Tuerta!—murmuró casi á la vez Lúcas Gomez con mal disimulado espanto.

—Los antiguos camaradas fácilmente se reconocen,—observó el Gato con incisiva ironía.

—Oh!....—exclamó Lúcas Gomez, dirigiendo á Martillo una penetrante mirada,—me habeis armado una celada, engañándome miserablemente.

—En este caso no habremos hecho sino valernos de los mismos medios que tu has empleado muchas veces antes que nosotros,—observó Martillo.

—Aunque así fuese, que lo niego retundamente, no te serviria de excusa,—replicó Lúcas Gomez.

—¿Creias que habias de burlarte de mi impunemente?—interrogó Martillo.

—Esa mala mujer, quien sabe lo que habrá forjado para echarse el muerto de encima,—dijo Lúcas Gomez.

La Tuerta se sonrió con ironía, y dijo:

—Tú me temes, algo me debes.

—Te temo porque sé de cuanto eres capaz;—repuso Lúcas Gomez,—porque sé que de una mujer como tú no se puede esperar nada bueno; porque no es la primera vez que has tratado de perderme; porque tienes suficientes malas entrañas para hacer que se cometa



cualquier atrocidad con el primero á quien te hayas propuesto achacar el daño que tu hayas hecho.

—Queriendo acriminar á los demás, tú mismo te acriminas,—observó la Tuerta irónicamente,—prosigue, que tú mismo dirás quién eres.

—Aun como te se conoce,—repuso Lúcas Gomez,—y sabe todo el mundo cuales son las armas de que acostumbras á valerte.

—Creía que tenias algun *chirumen*,—dijo la Tuerta en tono zumbon,—pero veo que lo único que tienes es cierta pillería. Tú mismo has tenido la habilidad de venderte; pero has tenido la habilidad de venderte de la manera más tonta del mundo.

—¡Oh! es hasta donde puede llegar la astucia y la perversidad de esa mujer.....—exclamó Lúcas Gomez.

—Nadie te habia preguntado aun nada,—repuso la Tuerta,—y sin más que porque mi presencia en este sitio hirió seguramente tu conciencia, te has anticipado á revelar que entre tú y yo existia algun secreto.

—¡Yo no he dicho nada de eso!—esclamó Lúcas Gomez con indignacion.

—Entonces, ¿de donde y de qué me conoces?—interrogó maliciosamente la Tuerta.—¿Cómo sabes que soy tan mala, tan perversa, tan infame, que tengo tan malas entrañas, y que merezco todos esos insultos é injurias que han salido de tu ruin boca?

—Lo sé.... me consta....—balbuceó Lúcas Gomez viendo que se le atacaba de aquel modo,—lo sé por referencia.

—Lo sabes por haber formado conmigo parte de una compañía de negocios de cierta especie, que solo sirvió para enriquecer á cuatro truanes como tú, que llevaban como tú, el manejo, y perder á cuatro desdichadas como yo, que éramos miserables instrumentos vuestros.

Lúcas Gomez hizo varias demostraciones hostiles mientras la Tuerta se espresaba en tales términos; pero al terminar la última palabra, lanzó una sorda exclamacion, y dió un paso para abalanzarse furioso á ella.

—Alto, amigo mio,—dijo el Gato cogiéndole por el brazo.

Lúcas Gomez que no le conocia personalmente, le dirigió una mirada de coraje.

La Tuerta lanzó una sarcástica risotada.

—¡Oh!.....—esclamó Lúcas Gomez en el acceso de la ira,—dejadme! dejadme que haga pedazos á esa vieja bruja!.....



La Tuerta contestó á estas palabras con una nueva carcajada.

—Moderad esos arrebatos,—dijo el Gato sin soltarle el brazo,— porque todo cuanto ha dicho esa mujer es la pura verdad.

—Cuando así la apoyas,—se atrevió á replicar Lúcas Gomez,— serás otro tal como ella.

—Miserable!—gritó el bandido cogiéndole por el cuello con mano nerviosa.—¿Cuándo has oido decir que el Gato fuese capaz de cometer felonías como las que tú has cometido?

—Ah!... no sabia...—murmuró Lúcas Gomez con terror.

—Se conoce que tu no sabes nada de lo que no te conviene—observó el Gato—y te haces el desentendido cuando te acomoda. Pero en esta ocasion te llevas un solemne chasco; porque á mí me sucede todo lo contrario, y á pesar de toda tu astucia, á pesar de todas tus marañas de zorro viejo, has caido en las garras del lobo, y no escaparás sin el castigo que te mereces, á ménos que no te avengas á enmendar el daño que has hecho.

—¡Ah!—esclamó en tono de suplicatoria vindicacion,—comprendo por esas palabras que te han engañado vilmente.

—Eres un tonto en querer emplear conmigo esos recursos que no te han de servir sino para acreditar más los antecedentes que de tí se me han dado, y el concepto que he formado, en virtud de tales antecedentes,—observó el Gato.

—Te han podido decir de mí lo que les haya dado la gana.

—Me han dicho la verdad.

—Si todas las verdades á que te referes, son como las que han salido de la calumniadora boca de esa mala vieja...

—Sin embargo, se conoce que te duele mucho,—observó el Gato.

—Bien sabe él que yo sé mejor que nadie donde le aprieta el zapato,—añadió la Tuerta con sardónica sonrisa,—y eso es lo que le pone tan furioso.

Lúcas Gomez lanzó un rugido de rabia y apretó los puños en actitud amenazadora.

—Ya sé que si en este momento pudieras cogermé, me harías trizas,—dijo la vieja.—Porque eres tan cruel y vengativo como cobarde, y tan cobarde como malvado; pero por desgracia tuya y fortuna mia, se han trocado los papeles. Á cada cual le llega su dia, y creo que á mí me ha llegado el de hacerte pagar caras las malas jugadas que me has hecho, que han sido muchas y muy negras, sobre todo la última, que es por lo que te se llama aquí, á fin de que dés cuenta de aque-



llos papeles que te se confiaron para que los negociaras con un banquero de Marsella, y que supiste escamotear tan bien, largándote con ellos á América.

Lúcas Gomez recibió una impresion como si le hubiesen echado encima un caldero de agua hirviendo, una impresion ruda y dolorosa, capaz de hacer estremecer al hombre de naturaleza más fuerte y espíritu más enérgico y animoso.

Y, como habia dicho su antigua cómplice, aquel hombre bajo y miserable, dispuesto á cometer todas las atrocidades imaginables con los débiles, valiéndose de todas las armas vedadas por la ley, apelando á todos los recursos más criminales, era un cobarde en la acepcion más indigna de la palabra, tanto habia de quedar anonadado, aplastado, digámoslo así, ante aquellas palabras que envolvian para él una declaracion terrible.

Hasta entonces no sabia para qué habia sido llamado allí, pues no era una sola fechoría la que habia cometido de consuno con aquella mujer cuya sola presencia le llenó de espanto; pero aquellas últimas palabras desvanecieron todas sus dudas y le hicieron ver la realidad con todos sus más negros colores.

No sabia el interés que el Gato pudiera tener en aquel asunto, y ni siquiera se acordaba ya de que existiese en el mundo un sér que, salvado por perversas miras del crimen de que fué víctima su desdichada madre, pudiese algun dia ser causa del gravísimo conflicto en que se encontraba.

—Esa mala mujer se vé perdida, y por espíritu de venganza, como acaba de manifestar, me quiere arrastrar en su perdicion.....—exclamó Lúcas Gomez haciendo un último esfuerzo.—Yo no sé de qué papeles me habla esa mujer..... yo no sé nada de esa infame calumnia.....

—Si viviese Estéban, él te lo diria,—observó la Tuerta;—pero no importa, viven otros que tienen mucho que agradecerte como yo, otros á quienes tambien comprometiste y con quienes obraste tan traidoramente como acostumbras.....

—Bruja infame!..... vieja maldita!.....—gritó Lúcas Gomez con indignacion y espanto.

—Sí,—añadió la Tuerta con sarcasmo,—chilla, rabia, desahógate con todos esos insultos, puesto que no te es posible otra cosa.....

—Oh!..... nadie, nadie es capaz de hacer caso de tus perversas palabras,—observó Lúcas Gomez tratando de conquistar el ánimo de



los presentes,—porque demasiado se sabe quien eres, demasiado.....

—Te esfuerzas inútilmente en lo que no has de poder conseguir— interrumpióle el Gato con marcada firmeza.

—Ah!.....

—Repito que es inútil—añadió el bandido,—porque estoy enterado de todo ese infame hecho, y todo cuanto intentes para justificarte ó para burlar mis justas exigencias, solo ha de conducir á empeorar tu situacion. La hija de aquella desgraciada, la hija de aquella pobre víctima de tu maldad, la hija de la infeliz Enriqueta, vive, y está bajo mi proteccion, ¿lo oyes, miserable? bajo la proteccion del Gato que te desollará vivo, que te hará pedazos, si no dices la verdad y procuras devolver á la hija lo que tan inícuamente le robaste á la madre.

Lúcas Gomez aturdido, presa de mortal angustia, aterrorizado, quiso hablar; más el Gato se le anticipó añadiendo:

—¿Qué se han hecho esos papeles? responde!

—Yo.....—balbuceó Lúcas Gomez tratando de no contestar terminantemente á la pregunta.

—Amarradle!—dijo el Gato.

Los dos bandidos que le acompañaron, pusieron inmediatamente en ejecucion aquella órden.

En aquel momento oyóse un tiro á cierta distancia no muy lejana. Los bandidos hicieron una sensacion.

El semblante de Lúcas Gomez se iluminó con un rayo de alegría.

—Es alguno de los nuestros que nos avisa que ocurre novedad,— dijo el Gato.—Mas no por esto esperes escapar de mis garras;—añadió dirijiéndose á Lúcas Gomez,—esa alegría que veo en tu rostro, pronto haré yo que se cambie en otra cosa.

Aun no habia terminado el bandido de pronunciar estas palabras, dejóse oír otro tiro.

—Esto ya es más sério,—observó Martillo.

Sucedieronse varios disparos.

—Cargad vosotros con esa mujer—dijo el Gato á los dos individuos consabidos,—encárgate tú de esa alhaja con la espresa órden de quitarla de en medio á la menor demostracion que te diese á comprender que tratara de estorbar,—añadióle al Zorro,—y seguidme.

Continuaban los disparos, cuando aquella gente salía de la cueva y se internaba en lo más espeso del bosque, favorecidos por las tinieblas de la noche, que estaba, por cierto, bastante oscura.



## CAPÍTULO XXXVII.

**No contar con la huésped.**

Los hechos que se acaban de referir en los tres capítulos anteriores, dan á conocer que el Gato se apresuró á poner en ejecucion el plan que le indicó á Adolfo Guzman de Haro, y con el cual quedaron conformes.

Al dia siguiente, como le dijo á este último, el Gato se dedicó á averiguar el paradero de Martillo, que, como él, habia procurado guardarse en sitio seguro durante aquella batida, lo cual no le costó gran trabajo.

Desde luego pusieron de acuerdo, y emprendieron su obra.

Martillo se encargó de tender el lazo á todos aquellos elementos con quienes estaba en secretas relaciones, y en algunos de los cuales tenia agravios que vengar, figurando en el número de estos Lucas Gómez, como lo insinuó al tratar de él con el Gato.

La Tuerta vivia en un pueblo de aquellas inmediaciones desde que su compadre Estéban se lanzó á la montaña, obligado por la persecucion que á su debido tiempo indicamos, dedicándose á servir de confidente á la mayor parte de aquellas cuadrillas de bandidos.

La estraña desaparicion de Lucila, verificada con las circunstancias que no ignoran nuestros lectores, la cual pasó durante mucho



tiempo desconocida para todos, por razon de no haber sobrevivido ninguno de los bandidos que la presenciaron y la absoluta reserva que sobre aquel hecho guardaron el Gato y los suyos, no pudo menos de llamar la atencion de la Tuerta, la cual en una ocasion que vino á cuento le manifestó á Martillo su estrañeza respecto á aquel hecho, confiándole luego el misterio de aquella existencia tan lastimosamente perdida.

Mas adelante, Martillo supo por el Gato el paradero de Lucila y la casualidad á que fué debida su salvacion, y Martillo refirióle la historia que la Tuerta le habia confiado.

Para apoderarse de la Tuerta, Martillo no tuvo que hacer otra cosa más que citarla al ventorrillo de la Romera, donde acudió con la prontitud que acostumbraba.

La sorpresa de la vieja no tuvo límites, cuando en vez de encontrarse allí un buen amigo como creyera, encontróse con un instrumento del que iba á someterla á su tremenda justicia.

La Tuerta trató de defenderse, apostrofando á Martillo de la manera mas dura y sangrienta; pero de nada le sirvieron sus esfuerzos: el Gato y su segundo se apoderaron de ella, la ataron de manos y obligáronla á seguirles.

Mientras tanto comisionaron al Zorro, cuya astucia nos es ya muy conocida, para que hiciese otro tanto con Lucas Gomez.

El Zorro cumplió á las mil maravillas su cometido.

Fué en busca de Lucas Gomez, que no siendo aquella la primera vez que se habia entendido con él para tratar sobre ciertos asuntos del oficio, le recibió en su casa con la mayor buena fe del mundo, si esta condicion pudiera existir en aquel gran canalla.

El Zorro le manifestó en los términos mas idóneos para burlar toda clase de desconfianza, que Martillo tenia necesidad de hablarle aquella noche sin falta sobre un negocio de gran importancia, y no siéndole posible entrar en la poblacion, porque habia recibido aviso de que le espiaban, le suplicaba que se dignase verse con él en cierto sitio de las afueras de la poblacion que le indicó, donde le estaba esperando.

El crédulo Lucas Gomez tragó el anzuelo, á pesar de toda su gran cuquería, y acudió á la hora designada al punto de la cita.

Allí le esperaban dos compañeros del Zorro, que se echaron sobre él, tapáronle la boca para que no pudiera dar voces, le trincaron sin más consideracion, y lleváronle á donde ya hemos visto, siguiendo las



instrucciones del Zorro, quien una vez le prometió que acudiría á la ta, se adelantó á dar el aviso.

Esto habia de perjudicar en gran manera á los que en Madrid contaban con aquel elemento para llevar á cabo sus nuevos planes.

Manolo consiguió descubrir el paradero de la mano oculta que tanto inquietaba á Ernesto Álvarez y á su compañero Pedro Lopez, á los dos dias de haberse puesto con ellos de acuerdo.

Pero aquel descubrimiento solo sirvió en parte para ponerles más en alarma, por la circunstancia que en él concurría.

Aquella mano oculta residia en el mismo ministerio.

Ernesto Álvarez y Pedro Lopez recibieron al pronto con júbilo las primeras palabras de Manolo, al entrar en su casa, donde le esperaban, anunciándoles aquella novedad que para él era un gran acontecimiento.

—Por fin—exclamó éste último—hemos conseguido poner una pica en Flandes.

—¿Se sabe ya de donde nos viene el tiro?—preguntaron casi á la vez Ernesto Álvarez y Pedro Lopez.

—Hubiese dejado de ser yo quien soy;—contestó Manolo con cierto engreimiento.

—Ya sabia yo en quien depositaba mi confianza,—dijo Pedro Lopez con marcada satisfaccion.

—¿Y dónde se oculta, por fin, ese nuevo enemigo?—interrogó Ernesto Álvarez.

—En el Ministerio—contestó Manolo.

Ernesto Álvarez y Pedro Lopez hicieron una gran sensacion.

—¡En el Ministerio!—exclamaron casi los dos á un tiempo.

—En el Ministerio de la Guerra—confirmó Manolo.

Ernesto Álvarez y Pedro Lopez se mostraron, si no alarmados, poco satisfechos.

Manolo observó el cambio que en ellos se habia verificado, y dijo:

—Parece que en vez de alegrarles les haya á ustedes producido un efecto contrario, mi descubrimiento.

—Naturalmente—espuso Pedro Lopez,—si antes representaba ese incidente un compromiso como uno, ahora debe representarnos un riesgo como veinte, dadas las circunstancias que has dicho.

Ernesto Álvarez permaneció cabizbajo y pensativo.

—Sin embargo, no creo que eso sea de tanta importancia como te parece—replicó Manolo, contestando á la observacion de Pedro Lopez.



—¿Y sabe usted quién es el sugeto?—preguntó Ernesto Álvarez saliendo de su preocupacion.

—Eso es lo único que no me ha sido posible aun averiguar—contestó Manolo.

—Pues es lo principal.

—Á mí me ha parecido lo contrario, á mí me ha parecido que lo principal era lo que sabemos, y que lo que usted dice no es sino un simple accesorio.

—Mal podíamos desembarazarnos de ese pernicioso elemento sin tener conocimiento exacto del sugeto.

—Sabemos donde reside, y por consiguiente creo que nos será muy fácil lo demás que de ello pueda derivarse.

—¿Pero usted tiene medios para alcanzarlo?

—Tal presumo.

—En este caso ya cambia todo de aspecto.

—Segun y conforme—observó Pedro Lopez.

—Quiere usted decir—repuso Ernesto Alvarez—que segun las condiciones que reuna el sugeto.

—Justo.

—Por mucha que sea su importancia, en un caso extremo no faltaría quien tal vez inclinara la balanza en favor nuestro.

—Entónces, más valiera que lo que se ha de hacer tarde, se haga pronto.

—No dejará usted de comprender que en todo se necesita la oportunidad.

—En efecto; pero si aun no lo considera usted oportuno, ¿esperaremos á que se nos anticipen nuestros enemigos, y cuando queramos defendernos de sus ataques nos sea ya imposible?

—Para evitar eso se necesitan precisamente el tacto y la astucia consiguientes.

—Yo tambien soy del parecer de ese caballero; las cosas nunca deben violentarse, pues se espone uno á que le salga torcido lo que creía que habia de salirle derecho.

—Con los antecedentes que tenemos, por más fútiles que á usted le parezcan,—repuso Ernesto Alvarez—nos bastan para ir tejiendo entretanto nuestra trama, contando con las ventajas que nos ofrece nuestra situacion respecto á la de nuestros contrarios.

—Yo no lo veo del mismo modo—dijo Pedro Lopez.

—En primer lugar—repuso Ernesto Alvarez—nosotros no esta-



tamos sujetos á la persecucion de los tribunales de justicia ó del Gobierno, lo cual nos facilita medios para poder obrar desembarazadamente y á nuestro arbitrio.

—Es cierto—afirmó Pedro Lopez.

—En segundo lugar, si ellos cuentan con elementos de cierta índole en el Ministerio, nosotros contamos con elementos que quizás estén sobre los suyos, con la diferencia de que siempre tendremos á nuestro favor al Gobierno, tratándose, como varias veces he indicado, de elementos de perturbacion y desórden, como ese Adolfo Guzman de Haro.

—Tambien lo reconozco; pero á pesar de todo eso, me da mala espina eso que se nos haya interpuesto ese oculto enemigo, que está dentro del mismo Ministerio, lo cual prueba que cuentan cuando ménos con relaciones de valía, y por la tanto que pueden muy bien darnos un gran disgusto.

—Es usted más pusilánime de lo que yo creia.

—Lo traduce usted muy mal.

—Las palabras de usted son harto terminantes.

—Sin embargo, no encierran el sentido que usted quiere atribuirles.

—No sé, pues, como he de interpretarlas.

—Como producto de la prevision de que en todos los casos de la vida me ha gustado siempre dar pruebas.

—Motivos ha tenido usted para conocer que en esta parte no le cedo á nadie la ventaja.

—No obstante, nos encontramos en un caso diferente.

—En efecto, nadie se encuentra tan comprometido como yo, puesto que he sido el motor principal, el autor de todo.

—En cierto modo, tiene usted mucha razon; pero.....

—No hay objecion que valga, amigo mio; caso de suceder lo que usted teme, yo habia de ser el principal blanco de su saña.

—Es una verdad de tomo y lomo,—apoyó Manolo.

Pedro Lopez vióse obligado á reconocerlo así.

—Por consiguiente,—repuso Ernesto Álvarez—lo que hay que hacer es aprovechar los momentos, é irnos derechos al bulto. De los audaces es la fortuna, y el que dá primero, dá dos veces.

—Estamos conformes,—dijo Manolo.

—Usted es el que en esta ocasion lleva la batuta,—añadió Pedro Lopez.



—¿No dice usted que podemos contar allí con la cooperacion de un buen amigo?—interrogó Ernesto Álvarez.

—Así lo creo,—contestó Pedro Lopez,—un antiguo camarada de todas prendas, á quien si no me engaño debe conocer tambien Manolo.

—¿Quién es el tal campeon?—preguntó este último.

—Lúcas Gomez.

—Lúcas Gomez! vaya si le conozco. Pero hacia quien sabe el tiempo que no habia oido hablar de él, y á la verdad, le contaba difunto como todos los que están en el cementerio.

—Ha estado una porcion de años en los Estados-Unidos.

—¿Qué me cuentas?

—Lo que oyes; de modo que le tienes hecho un inglés, hasta el punto que estoy seguro que no le conocerias.

—¿Por supuesto, que seguirá siendo el mismo de siempre?

—Con algunas ligeras modificaciones.

—Buena alhaja.

—¿Qué, no te parece á propósito?

—De seguro que no podria encontrarse otro que reuniera iguales condiciones.

—¿Quiere usted decir?—interrogó Ernesto Álvarez.

—De seguro que nos dá veinte y cinco vueltas á todos.

—Entonces tenemos mucho adelantado.

—En mi concepto no mucho, si que todo. Es un abogado que no se ha conocido que perdiera un solo pleito. Con la particularidad, que cuanto más enredada está la cosa, más está en su elemento. Nunca le faltan recursos para salir del paso. Y en fin, por mi parte tengo tal fé en él, que bastaria que me propusiera un negocio, para admitirlo sin vacilar, con la ciega confianza de darlo desde luego como cosa segura.

—Pues bien, sin que perdamos esto ni un solo momento de vista, esto es, estando usted por su parte,—dijo Ernesto Álvarez indicando á Manolo,—y yo por la mia, constantemente á la mira de lo que aquí pueda ocurrir, trabajando los tres con la actividad y el celo que requieren las cosas, procurando remover cuantos obstáculos aquí se nos interpongan, nos conviene ponernos sin tardanza en inteligencia con ese buen amigo, para lo cual es preciso que se le escriba inmediatamente.

—Por esto no ha de estar,—dijo Pedro Lopez disponiéndose á poner mano á la pluma.



—Mientras tanto,—repuso Álvarez—usted, amigo Manolo, se va enseguida á dar todos cuantos pasos sean necesarios hasta lograr averiguar el nombre y demás condiciones del sugeto oculto entre las oficinas del Ministerio, y yo corro al propio tiempo á ver si me es posible tocar cierto resorte con el mismo objeto, al paso que á preparar el terreno para cuando venga el caso, que ha de ser muy pronto, contando con un agente de la talla de Lúcas Gomez, segun ustedes dicen.

—En cuanto á eso, me afirmo en lo mismo.

—Y yo idem.

Dijeron sucesivamente Pedro Lopez y Manolo.

—Nada, pues, manos á la obra.

Y al paso que Pedro Lopez se ponía á escribir, los otros dos se lanzaban á la calle, tomando luego distinta direccion, ansiosos de llenar cuanto antes su respectivo cometido.

Aquellos tres miserables estaban muy léjos de contar con la huéspedea como suele decirse, distaban mucho de presumir la situacion en que se encontraba Lúcas Gomez.



## CAPÍTULO XXXVIII.

### Elvira y Ernesto.

El resorte que Ernesto Álvarez dijo que iba á ver si podía utilizar, era Elvira.

Al ocuparnos del padre de nuestra jóven, espusimos, aunque muy á la ligera, cual era el carácter social de don Felipe de Urrutia, y las estensas relaciones que tenia en la corte.

Ernesto Álvarez pensó por primera vez en utilizar aquellas relaciones, á pesar de cuanto á ello se oponia.

Dadas las condiciones de carácter de don Felipe de Urrutia y las circunstancias que habian mediado en el casamiento de Ernesto Álvarez con Elvira, era consiguiente que dicho señor se negase á otorgar su asentimiento.

Y efectivamente, aquel casamiento acabó de indisponer al padre con la hija, sucediéndose poco despues un estrepitoso rompimiento, sin que Ernesto Álvarez tuviese el honor de poner los piés en los umbrales de la casa de don Felipe, á pesar de haber püesto por su parte todos los medios posibles para alcanzarlo.

Esto hubiese debido bastar para retraerle, ó por lo ménos esperar á que el tiempo ó alguno de los mil acontecimientos que se suceden en la vida de las familias, se hubiera encargado de ablandar la tirantez de don Felipe, más ó ménos justificada.



Pero las circunstancias le ponian de cada dia en mayor estrechez, y obligábanle á cometer desaciertos que iban poniendo por grados en evidencia la verdad que hasta entonces le fué posible ocultar bajo el velo de las mas engañosas apariencias.

En la ocasion á que hacemos referencia, la situacion de Ernesto Alvarez habia sufrido ya un gran cambio.

Ernesto Álvarez pudo sostener la farsa de sus mentidas riquezas, mientras le duraron los recursos adquiridos en el juego con las onzas de oro con que compró su libertad Martillo; pero aquel dinero debia acabarse.

Habian sido muchos los gastos que necesariamente tuvo que ocasionarle la intriga de que hubo de valerse, para llevar á cabo sus aspiraciones respecto á Elvira, porque hay servicios que se pagan muy caros, como los prestados por la traidora doncella y los demás instrumentos de que se valió en aquel caso, y el dinero con que contaba no era al fin un capital de la mayor importancia.

Llegó un dia, pues, en que aquellos recursos tuvieron que agotarse y aparecer la realidad con todos sus negros colores.

Sin embargo, Elvira no desplegó sus labios para formular la menor queja.

Habia mucha grandeza en su alma para descender al terreno de las miserias humanas.

Para ella nunca habia sido de la mayor importancia la cuestion de intereses materiales, y por otra parte consideró licitos los esfuerzos de Ernesto para conseguir la realizacion de sus amantes pretensiones respecto á ella, contando con que existia, en efecto, en el fondo de aquel hombre el sentimiento ingénuo que seguia manifestándole.

Pues hay que advertir que Ernesto continuaba portándose con ella de la manera mas ejemplar, dándole todos los gustos, satisfaciendo todos sus caprichos, colmándole de las mayores atenciones, no sabiendo, en fin, qué hacerse para que olvidase su pasado y bendijera su presente.

Sin embargo, semejante conducta no era inspirada sino por el mas miserable cálculo.

Habia mucha podredumbre en el fondo de aquella naturaleza para que albergase ningun sentimiento noble ni elevado.

Ernesto era uno de esos hombres que consideran á la mujer como un objeto de lujo, de conveniencia ó de entretenimiento.



Y estas tres cosas fueron las que le arrastraron, las que le sedujeron, digámoslo así, en sus pretensiones respecto á Elvira.

Solo que lo que primero fué un capricho despues debia ser un empeño, y más tarde una especie de fiebre, una monomanía.

Monomanía, fiebre, empeño y capricho que no debian durar mas que el tiempo preciso para la satisfaccion de sus deseos, ó mejor dicho, de las vehementes aspiraciones que iban naciendo en él á impulso de las circunstancias.

El amor de Ernesto á Elvira podia compararse al que profesa el niño á su juguete, que al principio le encanta, le seduce, le absorve en cuerpo y alma, pero que concluye por cansarle, hacerlo pedazos y tirarlo á la calle.

Ernesto no estaba aun cansado, porque quedaba todavía en pié la cuestion de conveniencia.

Sino un dia, otro, podian servirle de mucho las relaciones de familia con que Elvira contaba.

Por otra parte la herencia de su madre le permitia por de pronto vivir con un desahogo que nunca le hubiese proporcionado el miserable sueldo de teniente á que acababa de ascender, y además, lo que esperaba heredar de su padre, le ofrecia un porvenir nada despreciable.

Hasta entonces no habia tenido necesidad de poner en evidencia sus miserables cálculos; pero en los momentos á que nos referimos, la situacion en que se habia colocado le obligaban á dar el primer paso.

El último dinero que de su peculio particular le quedaba era el billete de banco que entregó á Manolo para atender á los gastos que pudieran ocasionar las averiguaciones que le habia encargado.

Falto, pues, de recursos, y agotados por su parte todos los medios, vióse en la imprescindible necesidad de acudir al único extremo que consideraba podia salvarle.

En su consecuencia, al salir de casa Manolo, dirijióse resueltamente á la suya, decidido á tocar el resorte mágico, puesto que él lo consideraba de extraordinaria eficacia, de las relaciones de que presumia podia disponer Elvira por razon de sus padres.

Decimos que lo presumia, porque en medio de todo abrigaba cierta recóndita desconfianza, en virtud de la falta de armonía que entre la hija y el intransigente padre mediaba, lo cual temia que hubiese podido trascender á las familias con quienes estaba en más in-



timidad, y que eran las que ocupaban mejor posición y gozaban de mayor predicamento tanto en los círculos aristocráticos como en las esferas oficiales.

Pero á pesar de esto, como quiera que aquella duda no destruía el que entre todas aquellas relaciones se encontrase un individuo que, prescindiendo de las cuestiones particulares entre el padre y la hija, y de la atmósfera que hubiese podido crearse contra ésta, se hallase dispuesto á guardarle las mismas consideraciones que antes, Ernesto Álvarez procuró combatir sus aprensiones con esta y alguna otra consideración por el estilo, y, llegado que hubo á su casa, abordó la cuestión de frente.

Elvira estaba en su gabinete haciendo unas labores, acompañada de su doncella, la pérfida Margarita, cuando entró Ernesto con aire preocupado, y á los breves instantes, le dijo:

—Tengo que hablarte, Elvira.

Margarita comprendió lo que á ella debían significarle estas palabras, pero se hizo la desentendida y continuó su labor.

Elvira levantó la cabeza y dijo sencillamente:

—Te escucho.

Álvarez dirigió una disimulada mirada á la doncella y observó:

—Si me hicieses el obsequio de pasar á mi gabinete.....

—Ah!—dijo la doncella,—dispensen ustedes, pues estaba tan distraída que ni siquiera me fijé en que podía ser para ustedes un inconveniente mi presencia.

Y abandonando su labor, se puso de pié para retirarse.

—No,—observó Ernesto—puede usted continuar en su tarea Margarita.

—Qué cosas tiene usted señorito!—dijo ésta—¿pues no faltaba más sino que por mí fueran ustedes á molestarse? Con su permiso, me retiro.

Y al cruzar por el lado de Álvarez, dejó vagar por sus labios una maliciosa, pero disimulada sonrisa.

Aquella sonrisa produjo cierta oculta sensación en aquel á quien fué dirigida.

El efecto pasó por fortuna también desapercibido para Elvira, como la causa.

Pero aquella sonrisa encerraba un resentimiento próximo á convertirse en profundo rencor, y tal vez en mortal odio, y la sensación que causó á Ernesto, era hija de los temores que esto le infundía.



El desventurado matrimonio quedó libre de todo embarazo, y el esposo dijo:

—Supongo que entre nosotros debe haber esa íntima confianza que establecen los estrechos y sagrados vínculos que nos unen, que hacen moralmente de nuestros dos seres uno solo.

Elvira mostróse naturalmente sorprendida, y observó:

—No sé qué inferir de la introduccion con que te anuncias.

—Muy sencillo,—dijo con cierto *sans façon* Ernesto;—que quiero pedirte un favor, y como sé que ha de causarte cierta estrañeza, me ha parecido conveniente hacer la observacion que he creido más del caso, esto es, más legitima.

—¿De tal naturaleza es ese favor que quieres pedirme?—interrogó Elvira.

—Si estuviésemos en buena armonía con tu padre, no.

—¡Ah! siendo cuestion en la cual tenga que intervenir mi padre, á quien por otra parte respeto profundamente, te suplico que no me pongas en el triste caso de darte una rotunda negativa.

—No, no es nada que tenga que intervenir tu padre; pero tal vez podrias considerarlo como un obstáculo, aunque no fuese sino por referencia.

—El solo nombre de mi padre, á quien quiero, á quien amo con todo mi corazon y por quien daria toda mi vida, me aturde de tal modo,—observó Elvira con cierta emocion,—que si no tienes la bondad de expresarte mas claro, no te entiendo.

—Me explicaré,—dijo Ernesto con cierta calma algun tanto violenta.

—Bueno, explícate.

Ernesto hizo una breve pausa, y dijo:

—Un amigo, á quien aprecio entrañablemente, se encuentra en un grave compromiso, en uno de esos compromisos en los cuales juega el honor, eso que vale en ocasiones dadas más que la vida, eso que sin lo cual el hombre se ha de ver obligado á renunciar á todo cuanto pudiese aspirar en el mundo, porque una vez perdido, la sociedad cruel, casi siempre injusta, imprime un borron de infamia sobre la frente del hombre, y le rechaza, le cierra todas las puertas, le arroja moralmente de su seno; ese pobre y querido amigo, repito, se encuentra en tan funesto caso, que necesita quien le dé una mano salvadora, quien le ayude á detenerse en su espantosa caída, en una palabra, quien le facilite un eficaz apoyo.



Fué tal la entonacion con que Ernesto pronunció estas frases, y tal el viso de verdad que supo comunicarles, que Elvira, movida de un sentimiento propio de su corazon noble y generoso, dijo :

—Pobre!

—Sabedor que tu padre....—repuso Ernesto.

Elvira hizo una lijera demostracion de disgusto.

—Permitame que concluya—observó Ernesto.

—Si me hicieses el obsequio de prescindir de mi padre, te lo agradecería,—advirtió Elvira.

—Es una aprension como otra cualquiera.

—¿Qué quieres que te diga? no puedo remediarlo.

—Sin embargo, ha de venir un dia en que el padre eche de menos á la hija, y la hija corra presurosa á los brazos que su padre le abra.

—Mal conoces á mi padre.

—No es ninguna fiera.

—Tiene un carácter de hierro.

—En fin, demos tiempo al tiempo, y vamos á nuestro asunto.

—Bien triste, por cierto, puesto que se trata de un desgraciado.

—Pues bueno, enterado ese desgraciado que por razon de tu familia, podia yo prestarle tal vez el apoyo que necesita, ha recurrido á mí, y no he sabido negarle lo que con las lágrimas en los ojos y presa de la mas conmovedora desesperacion, me ha pedido.

—Has hecho bien, con tal que te sea posible servirle,—dijo Elvira llevada de la bondad de su corazon.

—Todo estriba en tí—observó Ernesto.

—¡En mí!—dijo Elvira con asombro.

—Sin duda.

—Por mi parte, pues, no ignoras que siempre me he condolido de la desgracia.

—Por lo mismo he creido que esta vez no habias de mostrarte sorda á sus súplicas.

—Dí cómo puedo enjugar las lágrimas de ese desgraciado.

—Muy sencillamente; necesita una recomendacion en las altas esferas oficiales, y nadie mejor que tú puede proporcionársela.

Elvira hizo una gran admiracion, exclamando:

—Yo!

—Naturalmente—repuso Ernesto—no creo que te haya de ser difícil utilizar las antiguas relaciones de familia.



—¿Tú sabes lo que pides, Ernesto?—observó Elvira con creciente asombro.

—Una cosa que no tiene nada de particular.

—En un hombre no, más en una mujer mucho.

—Segun en qué forma, y bajo el punto de vista en que se mire.

—En cualquier forma que sea y bajo todos los puntos de vista que se mire, cuando una mujer tiene á su lado un hombre, no debe dar ciertos pasos que de un modo ó de otro siempre han de ponerla en evidencia.

—Escrúpulos de monja—dijo Ernesto con cierto escepticismo.

—Escrúpulos de una mujer que se estima en lo que debe—replicó Elvira con dignidad.

Ernesto hizo una sensacion y dijo:

—Pues he dado mi palabra, y necesito cumplirla.

—No creo que hasta ahora me haya opuesto á ello—observó Elvira.

—Sin embargo, parece que te niegas á acceder á mi exigencia.

—Porque la creo injusta, y sobre todo poco honrosa.

—¿Poco honrosa cuando se trata simplemente de una recomendación para un sér que se halla en la desgracia?

—Para un amigo de mi marido, quizás jóven como él, y como él de ciertas condiciones personales, lo cual es motivo más que suficiente para dar lugar á interpretaciones poco ventajosas.

—En cuyo caso, estando yo contento.....

—A una mujer honrada no le basta eso.

—Pues á tí ha de bastarte, Elvira, ha de bastarte puesto que yo así lo quiero,—dijo Ernesto con cierta dureza.

—Imposible parece que tales palabras salgan de tu boca,—observó Elvira hondamente impresionada.

—Esas palabras mas bien me enaltecen que me denigran.

—No opino yo del mismo modo.

—Se trata de un desgraciado.

—Mándame que á ese desgraciado le dé cuanto poseo, el pedazo de pan que haya dé llevarme á la boca; que me quede sin comer, si está hambriento; que me desprenda hasta de la camisa, si está desnudo; que le cuide y le asista, si está enfermo; pero no me mandes que haga un papel que ha de manchar mi decoro.

—Desengáñate, Elvira, un sentimiento de dignidad mal entendida, de orgullo mas bien, te hace ver las cosas de muy distinto modo de lo que deben verse.



—Consistirá tal vez en que cada uno de nosotros entenderá el deber á su manera, consistirá quizás en una aprension mia, pero en una aprension de la cual no puedo desprenderme.

—¿Luego te niegas?...!

—No es que me niegue, es que se me resiste lo que está fuera de mi costumbre, lo que no he hecho en mi vida.

—Pues tendrás que hacerlo.

—¡Ernesto!

—Ya te he dicho que he dado mi palabra, y debo cumplirla por encima de todo.

—No creo que sean tales los derechos de un marido, que le autorizen para pisotear la delicadeza de su mujer.

—Los derechos de un marido son omnímodos, cuando no traspasan los límites de lo justo.

—Es que esos límites son los que precisamente te propones traspasar.

—Basta, Elvira!—esclamó Ernesto con impaciencia—veo que no acabaríamos nunca, y es preciso que acabemos.

—Observo que de esposo, quieres convertirte en déspota—dijo Elvira.

—Están de más toda clase de esplicaciones; has de dar este paso, y lo darás mal que te pese.

—¡Ah! te equivocas Ernesto, te equivocas; pues todo el poder humano no habia de obligarme á lo que se opone á lo que prescriben mis deberes.

Ernesto se puso pálido y tembloroso, y dejándose llevar de su ira exclamó cojiéndola del brazo con mano nerviosa.

—¡Miserable! ¿te atreves á desafiar mi cólera?

Elvira se estremeció y escapóse de su agitado pecho una exclamacion de sobresalto.

Aquella exclamacion atrajo á Margarita.

La infame doncella lanzó una mirada al cuadro que presentaban los dos esposos, y asomó á sus labios una infernal sonrisa.

El espíritu del mal, encarnado en aquella mujer, se gozaba en su obra.

Ernesto volvió el rostro al oir los pasos de la doncella, y al verla presentarse en la puerta, interrogó con mal disimulada irascibilidad, y en tono de reproche:

—¿Qué se le ofrece usted?



—Creía.....—balbuceó Margarita.

—Me parece que nadie la ha llamado á usted,—interrumpióla Ernesto con desabrimiento.

—Pero me ha parecido oír un grito de la señorita.....—observó la doncella con hipócrita maldad.

—Lo cual no debe usted importarle lo mas mínimo,—volvió á interrumpirla Ernesto.

—Lo sé, señorito; pero mis deseos fueron buenos.

—Fueran los que fuesen sus deseos, absténgase en lo sucesivo de acudir á donde no se la llama.

—Lo tendré presente.

Y haciendo una ligera inclinacion, Margarita retiróse, murmurando entre dientes tal vez una amenaza.



---

---

## CAPÍTULO XXXIX.

### Un auxilio inesperado.

Quedaron otra vez solos los dos esposos.

Elvira dejóse caer sobre un sillón anegada en llanto.

Ernesto Álvarez se cruzó de brazos, y quedóse ante ella silencioso y cabizbajo.

Ernesto Álvarez acababa de dar el primer paso en la senda que habia de recorrer más adelante.

Elvira estaba experimentando el primer dolor de los muchos que habian de hacerle sufrir las espinas de aquel camino que habia de obligarla á recorrer aquel malvado.

Si recordamos los hechos, nos causará verdadero asombro la relacion que hemos de encontrar en ellos, al fijarnos en la situacion análoga en que por distintas vias se habian colocado los dos principales personajes que directa ó indirectamente en ellos han jugado.

Eduardo, enlazado por una causa agena hasta cierto punto á su voluntad, con una mujer indigna de él por todos conceptos.

Elvira, unida á un hombre tan despreciable como Ernesto Alvarez, por una causa tambien contraria á sus deseos.

Eduardo, empezando á tocar ya las consecuencias de su fatalidad



en la desagradable cuestion provocada por la mujer que habia aceptado como esposa.

Elvira, principiando á sentir los efectos de su desventura á consecuencia de una cuestion no ménos desagradable, provocada por el hombre á quien aceptó por esposo.

Aquellas dos figuras parecian como arrastradas por una misma fuerza oculta y fatídica, á ser víctimas de un mismo destino.

La fatalidad se habia valido para herirles, de una misma mano.

Los dos, por consiguiente, debian experimentar idénticos efectos, puesto que idéntica era la causa.

La situacion en que dejamos á Eduardo y á la pérfida Adela, habia experimentado una lijera alteracion, á consecuencia de lo que sabemos sucedióle á Lucas Gomez, su digno padre.

La situacion en que acabamos de dejar á Ernesto Álvarez y á Elvira, debia tomar las proporciones que eran consiguientes por razon de la causa que la motivaba.

Ernesto Álvarez no se hallaba en el caso de cejar de sus propósitos, puesto que de su realizacion dependia hasta cierto punto su salvacion ó su ruina, y la salvacion ó la ruina de los que con él se hallaban enlazados, esto es, de sus cómplices.

Aquel silencio y aquella actitud de los dos esposos, duró por lo tanto, breves momentos.

—Supongo que no tratarás de provocar un nuevo incidente que vuelva á llamar la atencion de los criados,—observó por fin Ernesto,—y te mostrarás conmigo mas complaciente.

—Ah!—esclamó Elvira sollozando,—á nadie debo echar la culpa mas que á mi misma de lo que me pasa.

—Naturalmente,—afirmó Ernesto haciéndose el desentendido respecto al verdadero sentido de aquellas palabras,—puesto que yo estaba muy léjos de llevar la cuestion á un terreno tan desagradable.

—Fuí una insensata, al admitir por esposo á un hombre á quien mi corazon rechazó desde el primer momento,—repuso Elvira.

—Sin embargo, nadie le puso á usted un puñal en el pecho para obligarla á que lo aceptara,—observó Ernesto con cierta acrimonia.

—Por eso á nadie inculpo más que á mí misma, á pesar de las sutilezas empleadas para vencer mi repugnancia.

—Es el mejor medio de justificarlo todo, el de hacerse la víctima.

—Lo malo es que cuando se ha principiado á rodar por la pendiente, no suele detenerse hasta llegar al fondo del precipicio.



—En usted ha de consistir el evitarlo.

—Suscribiendo á todo cuanto se me exija.

—Respetando la voluntad del que tiene derecho á ser respetado.

—Creo que ese respeto ha de ser recíproco.

—Por lo mismo que yo no me hubiese propasado, si usted no me diera el ejemplo.

—¿Si se atreverá usted aun á suponer que partió de mí la provocacion?

—No me encuentro en el caso de entrar en esplicaciones de tal naturaleza.

—Bien sabe usted abusar de la situacion en que desgraciadamente yo misma me he colocado.

—No veo ese abuso que usted dice, cuando he principiado por suplicar, lo que desde luego tenia derecho de exigir.

—Exigir lo que ataca mi decoro, ¡nunca!

—Señora.....—observó Ernesto en actitud amenazadora.

—Ha tenido usted ya el atrevimiento de ponerme la mano encima.....—dijo Elvira—y puede terminar su obra.

Ernesto le envió una mirada en la que se reflejaba el coraje de que se hallaba poseido, y luego de hacer una ligera demostracion, manifestando lo mucho que le costaba contenerse, dijo:

—Suplico que aplacemos para otra ocasion toda clase de recriminaciones, pues debe usted tener en cuenta ante todo mi posicion.

—Y usted la mia,—replicó Elvira.

—¿Es decir, que está usted empeñada?.....

—En no separarme una sola línea de lo que me trazan mis deberes.

Habia tal resolucion en estas palabras, que Ernesto Álvarez comprendió que no le seria posible sacar el partido que se habia prometido, á no ser recurriendo al último extremo.

Persuadido de esto, lanzó un rugido, y ciego, desatinado, furioso, se abalanzó á nuestra jóven, con desencajados ojos y amenazador ademán, exclamando:

—Te has creido burlarte de mí, y te equivocas. Oh!..... te equivocas, porque antes que salirte con la tuya, soy capaz de hacerte añicos!

Y cogióla por entrambos brazos, sacudiéndola bárbaramente.

—¡Infame!—esclamó la pobre Elvira con ahogado acento, aturrida, y poseida de la mayor angustia y espanto.

—No te has de burlar de mí... ¡vive Dios!—repuso aquel malvado, continuando sacudiéndola sin compasion alguna.



—¡Madre mía!—esclamó la jóven.

—En vano es que invoques á nadie, ¿lo oyes?—observó aquel tigre, siguiendo maltratándola.—Si no me prometes, si no me juras solemnemente que harás sin perder un momento lo que quiero, lo que necesito para poner á cubierto mi palabra empeñada, no has de salir viva de mis manos.

Y el miserable la agarró de la garganta, amenazando ahogarla.

La jóven lanzó un sordo alarido.

El verdugo apretó con mano infame el cuello de la mártir.

Mas en aquel momento oyóse un ruido confuso en la habitacion inmediata, abrióse de repente la puerta, y un hombre se lanzó sobre aquel miserable, esclamando:

—¡Desdichado!

Ernesto volvióse rápidamente, y quedó aterrorizado al ver suspendido sobre su cabeza un brazo armado de un cuchillo-puñal, y reconocer al que tan inesperadamente amenazaba herirle de muerte.

—¡Por Dios!—gritó Elvira corriendo á sostener aquel brazo.

—Da gracias á esta noble señorita,—dijo aquel hombre bajando el brazo y guardando su arma.

Ernesto Alvarez ni siquiera se atrevió á levantar la cabeza para dirigirle una mirada.

Habia quedado terriblemente anonadado.

Aquel hombre, aquel salvador que la Providencia acababa de prepararle á Elvira, era el Gato.

Se recordará que el célebre bandido habia prometido ir á Madrid para evitar que nuestra jóven cayese en el lazo que se le preparaba, y por fin decidióse á cumplir su promesa tan pronto como lo creyó necesario.

Pero, como vemos, hizo por desgracia muy tarde.



CAPÍTULO XL.

La última prueba.

En la forzosa necesidad de justificar los hechos, preciso nos es retroceder á la noche en que el Gato se propuso residenciar á la Tuerta y á Lucas Gomez, sin lo cual fuéranos imposible venir en conocimiento del inesperado viaje del bandido á la corte, en tales circunstancias.

Los disparos que les obligó á abandonar la cueva que el bandido eligió para ejercer su justicia en aquellos dos malvados, eran debidos al encuentro de una partida de tropa, con algunos de los individuos de los dos jefes de bandoleros, apostados en distintos puntos de aquellos alrededores, para evitar una sorpresa.

Á favor de las tinieblas y merced á lo muy conocedores que eran del pais, aquellos bandidos llegaron sin el menor tropiezo al borde del precipicio donde estaba situada la guarida del Gato.

Una vez allí, ya no debian tener miedo alguno á sus perseguidores, por cuyo motivo el bandido mandó hacer alto, para tomar con toda cachaza las disposiciones que creyó necesarias en aquel caso.

Al efecto, mandó que se les vendaran los ojos á la Tuerta y á Lucas Gomez, que les hicieran dar varios rodeos, á fin de desorientarles, que se les atara con una cuerda por debajo de los brazos, y que se les



arriase, por último, hasta la saliente que formaba la roca frente á la grandiosa cueva que al bandido le servia de alcázar.

Lúcas Gomez y la Tuerta fueron sujetos sucesivamente á esta sencilla cuanto espuesta operacion, y se encontraron á los pocos instantes en aquella saliente, á donde no tardaron en reunirse el Gato y los demás compañeros, incluso los que habian andado á tiros con la tropa.

El bandido dispuso que se fuesen todos á descansar, quedando con los dos prisioneros Martillo, él, su segundo y el Zorro.

Este último les quitó á la Tuerta y Lúcas Gomez los pañuelos que á manera de venda les cubrian los ojos.

La una y el otro quedaron aterrorizados al verse suspendidos en aquella tenebrosa profundidad.

—Ya ves que aquí es imposible toda escapatoria,—dijo el Gato á Lúcas Gomez;—por consiguiente, dáte á razon,—declara la verdad, como ha hecho tu compañera, y como ella quizás consigas que nos entendamos.

—Sin embargo, hasta ahora.....—murmuró la aludida.

—Ten paciencia,—interrumpióle el Gato,—que no te faltaré á mi palabra.

La Tuerta movió la cabeza, demostrando cierta desconfianza, pero manifestóse dispuesta á resignarse y selló sus labios.

—Decídetes, pues,—añadió el bandido dirigiéndose á Lúcas Gomez—ó de lo contrario estoy decidido á sujetarte á todos los martirios mas atroces, hasta que cantes.

—Será una terrible injusticia,—dijo Lúcas Gomez.

—¿Te empeñas en ser terco?

—Estoy inocente de lo que se me imputa.

—Nada, pues, tú quedas encargado de cumplir las instrucciones que luego te daré—dijo el Gato al Zorro.—Entre tanto cojes una cuerda, le atas por debajo de los brazos como antes hiciste para bajarlos aquí, y le dejas suspendido sobre el abismo para que tome el fresco y se entretenga en fundar castillos en el aire.

Lúcas Gomez cayó á los piés del bandido en actitud suplicante.

—No importa, que la cuerda sea algo delgada,—observó el Zorro.

—Ah!.... por compasion..... no cometeis conmigo tal crueldad... no..... no sereis capaz.....—exclamó Lúcas Gomez, abrazándose con desesperacion á las rodillas del Gato.



—¡Aparta, miserable, que me manchas!—dijo el bandido, rechazándole con indignacion como si fuera un perro sarnoso.

—¡Por piedad!—insistió Lúcas Gomez.

La Tuerta soltó una diabólica carcajada.

Lúcas Gomez lanzó un rujido de rábía y de suprema desesperacion.

—Vamos, ven acá, y no seas estúpido,—dijo el Zorro arrastrándole con violencia,—¿no te haces cargo que tratas con gente que conoce tus maulas?

—No..... no sereis tan bárbaros!.....—repetía aquel desdichado, resistiéndose todo cuanto le permitia la deplorable situacion en que se encontraba.

—Cuanto más esfuerzos hagas, peor para ti,—decíale el Zorro mientras tanto, pasándole el lazo por debajo de los brazos.

Lúcas Gomez lanzó un grito de suprema angustia.

El Zorro le arrastraba hácia el borde de la saliente.

—¡Piedad!... Misericordia!....—gritaba Lúcas Gomez retorciéndose y pugnando en vano por resistirse.

—Ayúdame, Anton—dijo el Zorro.

El segundo del Gato corrió á prestar la ayuda que se le pedia.

Poco despues, Lúcas Gomez lanzaba un nuevo grito más angustioso, más desesperado, más lleno de terror que cuantos hasta entonces habian salido de su pecho, arrancado por la terrible situacion en que se encontaba.

Se veía suspendido sobre el espantoso abismo.

—Aquí permanecerás sujeto á los rigores del hambre,—díjole el Gato,—hasta que prometas declarar la verdad, y jures hacer cuanto á mí me convenga.

Estas palabras eran tan crueles, tan aterradoras, que la cuerda que sujetaban el Zorro y Anton, dió unas cuantas sacudidas, á consecuencia del terrible estremecimiento que produjeron en el miserable á quién iban dirigidas.

—No,—dijo el Zorro apresurándose á sujetar más fuertemente la cuerda que se escurria de entre sus manos,—no conviene aun que te vayas á fondo.

—¡Oh!... piedad!... misericordia!...—esclamó Lúcas Gomez con angustioso acento.

—En tu mano está obtenerla,—dijo el Gato, inexorable, dispuesto á no ceder en su justicia.



# OPINAS DE EMBRAGACION

La presente obra tiene por objeto exponer los resultados de las investigaciones realizadas en el laboratorio de Física de la Universidad de Sevilla, durante el curso de 1910-1911, en relación con el estudio de las propiedades físicas de los cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos, y en particular, de las variaciones de volumen y densidad que experimentan al ser sometidos a cambios de temperatura y presión.

El primer capítulo trata de las propiedades físicas de los cuerpos sólidos, y en particular, de las variaciones de volumen y densidad que experimentan al ser sometidos a cambios de temperatura y presión. Se describen los métodos empleados para la determinación de estas propiedades, y se exponen los resultados obtenidos en las diferentes experiencias.

El segundo capítulo trata de las propiedades físicas de los cuerpos líquidos, y en particular, de las variaciones de volumen y densidad que experimentan al ser sometidos a cambios de temperatura y presión. Se describen los métodos empleados para la determinación de estas propiedades, y se exponen los resultados obtenidos en las diferentes experiencias.

El tercer capítulo trata de las propiedades físicas de los cuerpos gaseosos, y en particular, de las variaciones de volumen y densidad que experimentan al ser sometidos a cambios de temperatura y presión. Se describen los métodos empleados para la determinación de estas propiedades, y se exponen los resultados obtenidos en las diferentes experiencias.

En el capítulo cuarto se exponen los resultados de las investigaciones realizadas en el laboratorio de Física de la Universidad de Sevilla, durante el curso de 1910-1911, en relación con el estudio de las propiedades físicas de los cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos, y en particular, de las variaciones de volumen y densidad que experimentan al ser sometidos a cambios de temperatura y presión.



## OBRAS EN PUBLICACION

---

LA MUJER MÁRTIR, por *D. Juan Gonzalo de la Selva*. Se repartirá por entregas de ocho grandes páginas en cuarto, á MEDIO real cada una en toda España.

La adornan preciosas láminas debidas al lápiz del reputado artista Sr. Planas.

Daremos con toda exactitud un cuaderno semanal con 4 entregas, ó sean 32 páginas, á 2 rs.

Toda la obra constará de 25 á 30 cuadernos.

---

EL PRIMER AMOR, por *Alvaro Carrillo*. Se repartirá por entregas de ocho páginas, á UN cuartillo de real una. Daremos un cuaderno semanal que contenga 64 páginas, ó sean 8 entregas, al precio de 2 rs.

La adornan preciosas láminas debidas al lápiz del reputado artista Sr. Planas.

Toda la obra constará de 25 á 30 cuadernos.

---

## OBRAS TERMINADAS Á LAS QUE SE ADMITE SUSCRICION.

---

LAS MUJERES DE CORAZON, novela de costumbres, escrita por *Alvaro Carrillo* y adornada con magníficas láminas debidas al lápiz de los aventajados artista D. Eusebio Planas y D. Tomás Padró.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 20 cuadernos de 2 rs. cada uno.

---

HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA, adornada con bonitas láminas sueltas del reputado artista D. Tomás Padró.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 15 cuadernos de 2 rs. cada uno.

---

LAS RAZAS HUMANAS, por *Luis Figuer*, edicion de gran lujo, con papel glaseado, magníficas láminas sueltas, y grabados intercalados en el texto, debidos al lápiz de los primeros artistas de Europa.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 22 cuadernos de 2 rs. cada uno.